

Cornelia Funke



La pluma del grifo

Una nueva aventura de
El jinete
del dragón



Con ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

 Siruela

Biblioteca Funke



No he escrito esta historia para los que quieren gobernar el mundo. Ni para los que necesitan demostrar constantemente que son más fuertes, más rápidos, mejores que todos los demás. O para los que consideran al ser humano la cima de la Creación.

Esta historia es para todos aquellos que tienen el coraje de proteger, en vez de dominar, de preservar, en vez de saquear, y de conservar, en vez de destruir.

CORNELIA FUNKE



Índice



1. Un nuevo lugar y nuevos amigos 15
2. Una llamada de Grecia 23
3. Los protectores 37
4. No toda la verdad 43
5. El único de su especie 50
6. Padre e hijo 54
7. El último pegaso 60
8. Un largo camino y poco tiempo 64
9. Un final y una primera vez 73
10. Un grifo ama el oro 78
11. Un corazón, dos lugares 88
12. Un templo para Garuda 94
13. Muy lejos de casa 102
14. Un regalo de despedida 110
15. Preocupación en MÍMAMEIÐR 115
16. Me-Rah informa 119
17. Mil veces mil islas 127



18. Pulau Bulu 133
19. Raskerwint 145
20. Todo lo que deseamos 151
21. En la selva virgen 156
22. Un hallazgo enigmático 166
23. Un ala diminuta 174
24. Shrii 179
25. Unidos 194
26. ¡Se habían marchado! 203
27. Atrapado 207
28. Un tiempo mágico 218
29. Demasiado tarde 221
30. La noche es larga en la selva 229
31. El árbol rey de los grifos 237
32. Kraa 250
33. Ocho 260
34. Synnefo, Chara, Ouranos 269
35. Vendido 271
36. Ira de dragón 285
37. El Árbol Susurrante 295
38. Comprimidos 302
39. La mayor tarea para los más pequeños 304
40. La otra misión 315



41. Nunca oído 322
42. El desafío 329
43. Grifo y dragón 342
44. ¿Demasiado tarde? 349
45. Una recompensa regia 351
46. La partida 364
47. Por fin 368
48. Un nuevo dragón en MÍMAMEIÐR 371
49. La pluma de un grifo 374
-
- Quién es quién 381
- Referencias 399





—Pequeño —comenzó diciendo el mago—, podrías ser todo lo de este mundo: animal, vegetal, protozoo o mineral, antes de que termine con tu educación, pero debes confiar en mi perspicacia. Aún no ha llegado la hora de que seas un halcón [...]. De modo que por el momento harás bien sentándote ahí y contentarte con seguir siendo un ser humano.

T. H. WHITE, *Camelot*







1 Un nuevo lugar y nuevos amigos

*¡Qué gran error
haber nacido hombre
cuando podría haber sido
una gaviota o un pez!*

EUGENE O'NEILL,

Viaje de un largo día hacia la noche

ALung todo le resultaba muy familiar. El bosque cubierto de niebla delante de la entrada de la cueva. El olor del cercano mar en el aire frío de la mañana. Cada hoja y cada flor le recordaban las montañas escocesas en las que se había criado. Pero Escocia estaba lejos, lo mismo que La Orilla del Cielo, el valle que los últimos dragones de ese mundo denominaban hogar desde hacía dos años.

Lung se volvió y miró al dragón, que dormía a su espalda sobre un lecho de musgo y hojas. Barba de Pizarra era el más anciano de ellos. En sueños, replegó las alas, como queriendo

perseguir a los gansos salvajes que volaban fuera, en el cielo gris, pero pronto emprendería el más largo de todos los vuelos. Al País de la Luna, como los dragones denominaban el lugar al que solamente la muerte abría la puerta. Barba de Pizarra era el único que se había quedado cuando todos se habían marchado a La Orilla del Cielo. El largo viaje había sido ya entonces demasiado fatigoso para él, pero gracias a algunos buenos amigos había encontrado un nuevo albergue cuando el antiguo hogar de los dragones se había hundido en las aguas de un pantano.

La cueva en la que Barba de Pizarra dormía no era una cueva natural. Un trol la había construido siguiendo instrucciones de humanos que sabían perfectamente lo que los dragones necesitaban. Pero en MÍMAMEIÐR no había solo cuevas para dragones. Troles, duendes, sirenas o dragones..., cualquier ser fabuloso podía encontrar refugio allí, aun cuando algunos huéspedes del sur se quejaran del frío invierno noruego. MÍMAMEIÐR... Para Lung el nombre resultaba tan peculiar como sus habitantes. Cualquiera podía encontrar allí un refugio apropiado. Eran tan diferentes como los huéspedes de MÍMAMEIÐR. Cuevas, nidos, establos, casitas de geniecillos... a orillas del fiordo cercano, en los bosques vecinos y encima y debajo de los prados que, humedecidos por el rocío, saludaban al sol matinal.

—¿Cómo se encuentra Barba de Pizarra hoy?

El chico que había en la entrada de la cueva acababa de celebrar su decimocuarto cumpleaños. Su cabello tenía el color negro de las plumas de los cuervos. Sus ojos miraban a la vez sin temor y con curiosidad al mundo, y Lung habría volado en cualquier momento miles de millas solo para verle.

Ben Wiesengrund.

Cuando se habían encontrado por primera vez en un al-

macén abandonado del puerto, Ben aún no llevaba ese apellido. Había sido un huérfano y un sin techo, pero Lung lo había convertido en jinete del dragón y se lo había llevado a un viaje que les había deparado a ambos un nuevo hogar. Ben había encontrado por el camino padres y una hermana incluso: Barnabas, Vita y Guinever Wiesengrund, protectores de seres fabulosos y seguramente la mejor familia que un jinete del dragón podía desear.

—Duerme mucho —respondió Lung—, pero se encuentra bien. Está preparándose. La próxima vez que venga a visitarte se habrá marchado.

Ben acarició el cuello brillante de Barba de Pizarra. Sus escamas plateadas se oscurecían cada día más, como si se estuviese convirtiendo en noche, el momento favorito de todos los dragones. Sobre el gigantesco cuerpo dormido, unas diminutas luces brillaban en la oscuridad. Parecían motas de polvo que danzaran al sol.

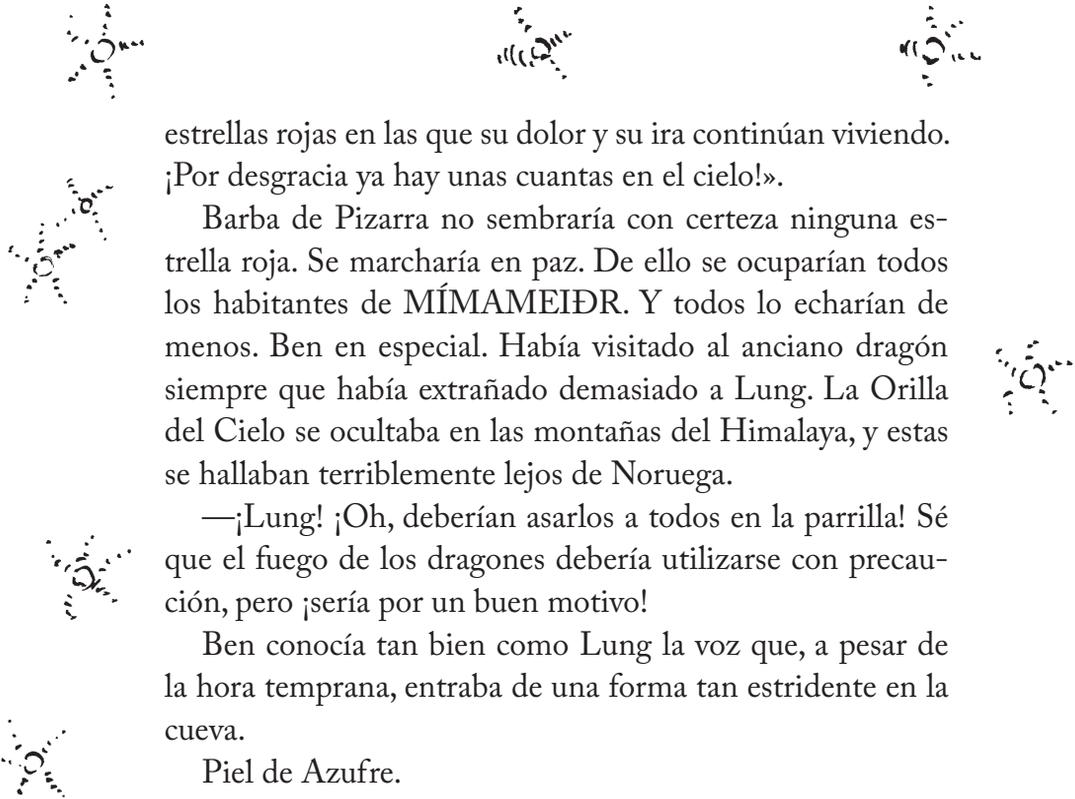
—Ya empieza —susurró Ben.

—Sí.

Lung apoyó el hocico en sus hombros. Era la primera vez que los humanos se convertían en testigos de cómo un dragón se despedía pacíficamente de esa vida. Lung se lo había tenido que explicar a Ben y a los Wiesengrund. Ninguno de sus libros decía nada al respecto, quizá porque todos los que en otro tiempo habían disfrutado cortándoles las cabezas a los dragones, no se habían molestado en observar lo que sucedía después.

Ben alzó la vista hacia el techo de la cueva, donde cada día se concentraban más luces. «Cuando un dragón muere, siembra nuevas estrellas», había explicado Lung. «Cuanto más pacífica sea su despedida de esta vida, más habrá. Pero cuando el fin de un dragón es sangriento, su muerte alumbr





estrellas rojas en las que su dolor y su ira continúan viviendo. ¡Por desgracia ya hay unas cuantas en el cielo!».

Barba de Pizarra no sembraría con certeza ninguna estrella roja. Se marcharía en paz. De ello se ocuparían todos los habitantes de MÍMAMEIDR. Y todos lo echarían de menos. Ben en especial. Había visitado al anciano dragón siempre que había extrañado demasiado a Lung. La Orilla del Cielo se ocultaba en las montañas del Himalaya, y estas se hallaban terriblemente lejos de Noruega.

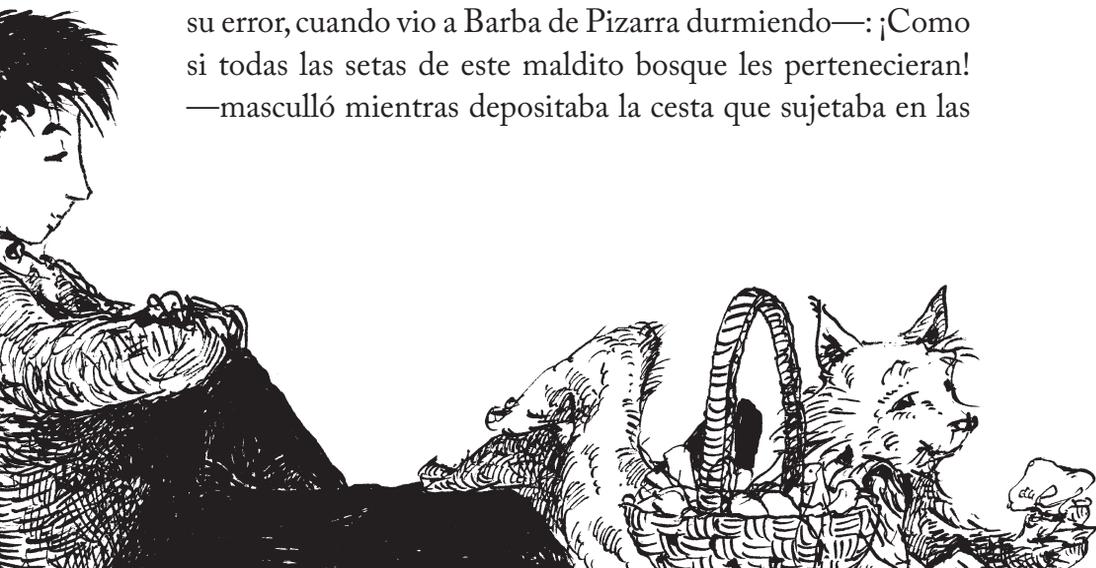
—¡Lung! ¡Oh, deberían asarlos a todos en la parrilla! Sé que el fuego de los dragones debería utilizarse con precaución, pero ¡sería por un buen motivo!

Ben conocía tan bien como Lung la voz que, a pesar de la hora temprana, entraba de una forma tan estridente en la cueva.

Piel de Azufre.

En su primer encuentro, Ben la había comparado, para su enfado, con una ardilla gigante. Ahora, naturalmente, sabía lo suficiente sobre seres fabulosos como para reconocer a simple vista que tenía una duende escocesa ante él. Y que los duendes eran tan indispensables para los dragones como la luz de la luna que los nutría.

—¡Tendríaís que haber visto cómo se comportaban! ¡Por unos rebozuelos! —Piel de Azufre bajó la voz, consciente de su error, cuando vio a Barba de Pizarra durmiendo—: ¡Como si todas las setas de este maldito bosque les pertenecieran! —masculló mientras depositaba la cesta que sujetaba en las



patas marrones—. ¿Por qué? ¿Porque ellas mismas tienen aspecto de champiñones andantes? ¿Quién ha dicho nunca que necesitamos setas con brazos y piernas? ¡Tendrían que estar contentas de que no las devore!

Barba de Pizarra abrió los ojos dorados y emitió un gruñido divertido.

—Piel de Azufre —musitó—. Estoy seguro de que incluso en el País de la Luna una voz de duende me despertará por las mañanas.

—¡Oh, sí, no se puede escapar de ellas en ninguna parte!

El hombrecillo que salió del bolsillo de la chaqueta de Ben, frotándose los ojos soñolientos, respondía al nombre de Pata de Mosca. Era un homúnculo, probablemente el último del mundo desde que un monstruo llamado Ortiga Abrasadora hubiese devorado a sus once hermanos. El mismo alquimista que había creado a Ortiga Abrasadora era también el creador de Pata de Mosca, también la única especie de padre que, a su pesar, Pata de Mosca conocía. No es fácil ser una criatura artificial, aun cuando se tenga la suerte de contar con seres tan extraordinarios como dragones y duendes entre sus amigos.

—¿He de suponer que has vuelto a pelear con las setillas? —le preguntó de forma sarcástica a Piel de Azufre, mientras trepaba al brazo de Ben y tomaba asiento en el hombro del chico.

—¿Y qué más da? —jadeó la duende—. ¡Setillas! ¡Geniecillos de la mostaza! ¡Enanos de Odín! ¡Hombres erizo!



¡Todos esos pequeñajos nos sacan de quicio a los duendes! Deberías hablar alguna vez con tus padres —le dijo a Ben—. ¿Por qué no dictáis una norma de tamaño? Algo tipo: MÍ-MAMEIDR solo acepta seres fabulosos que tengan al menos la estatura de un perro. ¡Todos los demás deberían quedarse donde están!

—¿Ah, sí? ¿Significa eso que también me quieres privar a mí del derecho de residencia? —preguntó irritado Pata de Mosca.

El homúnculo había necesitado mucho tiempo para hacerse amigo de la duende, incluso tras dos años de amistad encontraba el humor de Piel de Azufre a ratos muy agotador. A Ben le gustaba consolar a Pata de Mosca diciéndole que los señores de las aguas y los leprechauns eran aún más cascarrabias, aunque el primer encuentro de Ben con Piel de Azufre no había sido precisamente perfecto. Un duende no deja que nada ni nadie se interponga entre su dragón y él, y Piel de Azufre había contemplado con desconfianza y celos al chico que se había ganado tan rápido el corazón de Lung.

—¡Está bien, está bien! —masculló ella mientras se arrodillaba delante de Barba de Pizarra—. Te gusta tener siempre la última palabra. ¿Todos los homúnculos son como tú? Supongo que nunca lo sabremos, teniendo en cuenta que solo queda uno.

Metió la mano en su cesta, repleta hasta los bordes, y sacó una seta, blanca como la leche y esponjosa.

—¡Esto de aquí es una exquisitez única! La busqué durante más de dos horas y tuve que sacudirme de las piernas a una docena de setillas para cogerla. ¡Los duendes comen una al día cuando su piel se vuelve de color gris, así que sin duda también le sentará bien al dragón! Lo sé, lo sé, lo que más os gusta es la luz de la luna. Pero hasta el propio Lung hace



una excepción a veces cuando le llevo flores o bayas especialmente apetitosas. ¡No creo que sean fáciles de encontrar en el Himalaya! —añadió con una mirada llena de reproches en dirección a Lung.

Después dejó la seta entre las zarpas de Barba de Pizarra como una dolorosa ofrenda. Cualquiera que sepa algo sobre duendes escoceses de las montañas puede saber, por ese regalo, el gran cariño que Piel de Azufre profesaba al anciano dragón. Solo hay algo que los duendes quieren tanto como a los dragones a los que siguen: setas, no importa si son pequeñas o grandes, firmes o blandas. Piel de Azufre podía pasarse horas describiendo el color, la forma y el sabor de su variedad preferida.

Barba de Pizarra, por supuesto, sabía todo eso. Había tenido tres compañeros duende en su larga vida. Todos ellos lo habían precedido al País de la Luna, y él los extrañaba mucho. Por ello se sentía aún más feliz si cabe no solo de que Lung hubiese realizado el largo viaje para despedirse de él, sino también Piel de Azufre.

—Qué gesto tan sumamente generoso, mi querida Piel de Azufre —dijo mientras agachaba la cabeza frente a ella—. ¡Siempre fuiste la buscadora de setas más talentosa de entre todos los duendes que conozco! Permíteme que deje tu obsequio para la cena.

—Y yo he de tener unas palabras con las setillas —dijo Ben.

Se había ofrecido voluntario para cuidar de todos los geniecillos en MÍMAMEIÐR (y entre ellos había que contar a las setillas). Una decisión poco sensata, como había quedado demostrado. Guinever, la hermana adoptiva de Ben, se había hecho cargo de las criaturas de las aguas —una elección por la que Ben ahora la envidiaba—. Ni siquiera los fossegrimms,



los señores de las aguas noruegos que tocaban el violín, de los que había algunos en MÍMAMEIÐR, rivalizaban en agresividad con los geniecillos.

Pero cuando Ben salió de la cueva de Barba de Pizarra para dirigirse a las guaridas de las setillas, un cuervo ceniciento salió volando de entre los árboles y aterrizó frente a él sobre la hierba húmeda por el rocío. Los cuervos cenicientos debían su nombre no solo a su plumaje de color gris, sino también a su capacidad de volverse invisibles.

—¡Nivel de alarma roja! —graznó el cuervo—. ¡Central de mando! ¡De inmediato!

Los cuervos cenicientos sienten predilección por el vocabulario militar y por las manifestaciones que suenan trascendentales y enigmáticas. Pero también son unos emisarios de primera clase y unos portadores de noticias muy formales. El hecho de que aquella hubiese sonado muy favorable, hizo que Ben y Pata de Mosca intercambiaran una mirada de preocupación.

Solo las malas noticias alegraban a los cuervos cenicientos.

